

pero temo que os precipiteis por un camino funesto.»

XXVI.

Después de estas primeras palabras, lanzadas desde lo alto de su cadalso á manera de advertencia dirigida á su patria, se arrojó de nuevo Strafford, y durante mas de un cuarto de hora estuvo rezando con todas las muestras de un fervor humildísimo y ardiente. Por fortuna el fanatismo revolucionario de los ingleses no regateaba los últimos minutos á los moribundos; mas como Strafford oyese sordo murmullo de compasión ó de impaciencia en la muchedumbre, se levantó, y dirigiéndose á los que le rodeaban, exclamó: «Pronto concluyo. ¡Un solo golpe va á dejar á mi esposa viuda, huérfanos á mis queridos hijos, y sin amo á mis pobres criados! ¡Dios sea con ellos y con vosotros!»

«¡Gracias al valor interior que ese Dios me presta, añadió despojándose él mismo de su casaca y levantando sus cabellos para que nada amortiguase el filo del hacha sobre su cuello; me quito la ropa con la misma tranquilidad con que me la he quitado todas las noches de mi vida para dormirme!»

Entonces hizo seña al verdugo que se acercase, le perdonó caritativamente la sangre que iba á derramar, y puso él mismo su cabeza sobre el tajo, dirigiendo otra mirada y otra oración al cielo. Su cabeza cayó rodando á los pies de sus amigos. «¡Dios salve al rey!» exclamó el ejecutor recogiendo la cabeza y levantándola en alto para enseñarla al pueblo.

Este, que hasta entonces habia permanecido mudo y compasivo, lanzó un grito de alegría y de venganza, que atestiguaba el frenesí de la época. Aquel pueblo se regocijó como un insensato de haber arrancado de su seno al mejor ciudadano, y se diseminó por las calles de Londres para disponer las iluminaciones públicas.

XXVII.

El rey, durante este sacrificio, se mantuvo encerrado en su palacio, pidiendo perdon á Dios por la sangre que arrancaban á su debilidad. Solo el eclesiástico que acompañó á Strafford al cadalso, fué admitido en la habitación de Carlos para darle cuenta de los últimos momentos de su ministro. «Nada hay que pueda compararse, dijo al rey el eclesiástico, con la calma y la magestad de esta muerte: he visto morir á muchos, pero jamás ha volado al seno de su Criador un alma tan blanca y purificada.»

Al oír el rey estas palabras volvió la cabeza para llorar.

El arrepentimiento de su concesion y el presentimiento tristísimo de la nulidad de esta concesion para rescatar su propia salvacion y la paz del reino, se confundieron en un dolor inmenso y sombrío en su alma. Vió claramente que se habia herido á sí mismo con el golpe que habia dejado descargar sobre su servidor y su amigo, y que el suplicio de Strafford no era mas que la repetición de su propio suplicio. Por mas que Carlos pudiera recurrir al sofisma para defenderse contra los remordimientos, diciendo que su corazon habia sido vencido, pero que tenia limpia la conciencia, no quiso disculparse, ni delante de sí mismo, ni delante de la política, ni de Dios; antes bien, se acusó con tanta severidad como debia acusarle un dia la historia; humillóse en su falta y en su dolor; juró que aquella seria su primera y última transaccion con la iniquidad de sus enemigos, y sacó de la amargura de sus pesares la fuerza de vivir, luchar y morir por su derecho, por el derecho de su corona y por el del último de sus súbditos.

XXVIII.

En efecto, el parlamento no vió en la muerte de Strafford sino una victoria sobre el poder real y sobre el corazon de Carlos. Los conflictos entre la corona y los comunes se reprodujeron al instante bajo otros pretextos y otras exigencias. En vano sacó el rey sus ministros del seno del parlamento; no halló otro Strafford, porque la naturaleza no habia hecho mas que uno; Carlos no podia escoger sino entre fidelidades medianas ó enemigos implacables, y aun estos enemigos, llamados por el rey á su consejo para entregarles el gobierno, se negaban á hacerse cargo de él. El espíritu de faccion era tan universal y tan irreconciliable en Inglaterra contra la corona, que los individuos populares del parlamento se sentian mas fuertes continuando siendo gefes de facciones en los comunes, que ocupando el puesto de ministros de un príncipe sospechoso y condenado. El partido puritano de los comunes tenia entonces á Carlos I en Inglaterra en el mismo aislamiento en que el partido de los Girondinos tuvo á Luis XVI el año de 1791 en Francia, asediando al ministerio y rehusando ser ministros, á fin de tener el derecho de atacar siempre al poder real que en vano les cedian, ó no queriendo tomarlo sino para venderlo, entregándolo por adulacion al pueblo, y por complacencia á los republicanos.

Tal era la situacion recíproca del rey y del parlamento durante los primeros años en que

Cromwell era individuo de la cámara de los comunes.

SEGUNDA PARTE.

I.

En la mansion que hemos descrito en nuestra primera parte, fué donde Cromwell y su joven esposa, á su imágen hecha, educaban pobremente y en el retiro los siete hijos que el amor y la fidelidad conyugal les habian dado. No buscaban el mundo; el mundo fué quien á buscarlos vino.

Se ve por los vestigios de la vida de Cromwell, durante esta época, cuanto le preocupaban el ruido de las controversias religiosas en Inglaterra, en Irlanda y en Escocia, y con avidez eran leídos por él los folletos religiosos que empezaban á multiplicarse; pero él solo se fijaba en los argumentos religiosos de estos escritos.

El nombre inmortal del gran poeta inglés, Milton, este Dante británico, aparece por vez primera en uno de estos folletos republicanos. Milton volvia de Italia, donde habia respirado ante las ruinas de la antigua Roma el olor de la libertad, y donde el espectáculo corruptor de la Roma moderna lo habia hecho independiente en materia de culto. Milton daba, como Chateaubriand y madama Stael en 1844, el acento inmortal á las pasiones pasajeras de su época.

II.

Los independientes en materia de gobierno, comenzaban por una lógica forzosa á surgir de aquella necesidad de independencia en materias de fé. Las dos libertades se entlazan. ¿Cómo creer libremente en la servidumbre que impide decir lo que se quiere y practicar lo que se cree? Esta necesidad absoluta de profesar y difundir libremente su creencia, inclinaban á Cromwell hácia la república. Hampden, su pariente, popular hasta el delirio por su resistencia á la autoridad real, quiso fortificar el partido republicano con la adhesion de un hombre tan severo y tan irreprochable en sus costumbres como Cromwell: lo hizo nombrar diputado por la ciudad de Cambridge, donde Hampden ejercia soberana influencia.

Este nuevo nombramiento de Cromwell por un condado mas ilustre, y en un instante mas político, no distraia su pensamiento del único

objeto de su vida. «Enviadme, escribe á su amigo Wilingham de Londres, los argumentos de los escoceses para sostener la uniformidad en la religion espresada en sus proclamas. Debo leerla antes de que entablemos en la cámara este debate, que se abrirá bien pronto.»

Un interés popular vino á mezclarse por algun tiempo á este interés religioso. Abrazó este interés por creer sin duda justa la causa; pero ciertamente tambien por poner al pueblo del lado de los independientes y de los republicanos, merced al apoyo que el buen derecho popular encontraba en los hombres de este partido contra la corona.

Se trataba del derecho de cercar los terrenos de propios enclavándolos en sus estados, que reyes de Inglaterra habian concedido en otro tiempo indistintamente á favoritos, y que el pueblo con razon les disputaba. «Cromwell, dice el ministro del rey en sus memorias, á quien yo no habia oído hablar nunca en la cámara, fué elegido miembro del comité del parlamento, encargado de entenderse con los ministros sobre este asunto. Cromwell se irritó conmigo durante el debate, y me acusó de intimidar á los testigos. Habló con tanta indecencia y groseria, sus maneras fueron tan ásperas y su actitud tan insolente, que me vi obligado á aplazar la comision. ¡Cromwell no me lo perdonó nunca!»

La popularidad que la defensa de esta causa valió á Cromwell y á su partido, le animó á acrecentarla con la defensa de los autores de encarnizados folletos contra la corona y la iglesia, libelos que de vez en cuando el rey y los obispos entregaban al verdugo de Londres para ser quemados. Presentó al parlamento la petición de uno de sus perseguidos autores. La indignacion de su conciencia lastimada le abrió los labios por la vez primera. «Era en noviembre de 1640, dice un espectador realista en sus memorias; yo, que era miembro tambien del parlamento, tenia la vanidad de creerme un modelo de elegancia y de nobleza, porque los cortesanos nos vanagloriábamos de nuestro traje. Vi al entrar en la sala un orador que hablaba y que vestia de un modo muy comun, un traje de paño sin bordados, que parecia hecho por algun sastre de aldea. Su camisa era basta y sucia. Recuerdo que tenia una ó dos manchas de sangre en el cuello vuelto de la camisa. Su sombrero no llevaba pluma. Era de buena estatura. Su espada pendia del costado: su fisonomia era redonda y abultada, su voz estridente, poco armoniosa y flexible, pero se espresaba con una elocuencia penetrada de fervor. Su causa carecia de buen sentido: hablaba en favor de un libelista sentenciado á muerte. Declaro que la atencion prestada por la asamblea á aquel hombre, disminuyó mucho mi consideracion hácia los comunes.»

III.

Todos los medios de resistencia y todas las concesiones del rey Carlos I hacia su parlamento, estaban agotadas, y el presentimiento de una guerra civil inevitable, pesaba sobre todas las almas.

Preparábase á ella mas ó menos abiertamente por ambas partes. Cromwell aprovechó uno de estos momentos de calma que preceden á las grandes tempestades políticas para ir á confortar á su madre y á su esposa, y á abrazar á sus hijos en Saint-Ives antes de precipitarse en la refriega. Animó con su fuego místico al pueblo de sus cercanías, aquellos sectarios. Luego soldados. Gastó todas sus economías de padre de familia y de cultivador, en mandar armas á Cambridge. Se atrevió hasta apoderarse, en calidad de miembro del parlamento, del castillo de Cambridge, y confiscar para pagar las milicias del pueblo, la plata de la universidad real, puesta en el terreno del castillo.

Estas milicias le reconocieron por gefe, á título de diputado por Cambridge y del mas resuelto de los ciudadanos. Sublevó igualmente, apelando solo al sentimiento comun, las milicias del campo entre Cambridge y Huntington, é hizo prender á los realistas que marchaban á alistarse bajo las banderas del rey, desarmando quierá á los partidarios de la corona. «No os haré mal, respondió en aquella época agitada á un caballero de su vecindad que reclamaba contra la violacion de su hogar: vengo, por el contrario, para impedir que el rey no se desgare mas y mas. Obrad con integridad y no temais nada: ¡pero si obráseis mal, perdonadme entonces los rigores que me impondrán mis deberes para con el pueblo!»

No exceptuó de estas visitas al castillo de su tío Cromwell de Hinchinbrock, caballero realista arruinado, que habitaba tan viejo torreón. «El siglo presente es batallador, escribe á otro caballero. La peor de las cóleras es, en mi opinion, la que tiene su origen en las diferencias de opinion. Lastimar á los hombres en sus personas, en sus casas ó en sus bienes, no puede ser un buen remedio á estos odios. Proteged los legítimos derechos de este pueblo.»

Las asociaciones para la defensa de la independencia y de la religion contra la iglesia y la corte, cubrieron la Inglaterra; pero no tardaron en disolverse, faltas de un centro comun y de un gefe activo. No permaneció en pie mas que la asociacion de los siete condados del Oeste, cuyo brazo y cuya alma fué Cromwell. Su nombre se difundió desde allí sobre el pais y comenzó á presagiar un gefe á la guerra santa. Llamábase en las asambleas puritanas el Macabeo de la iglesia de Dios.

«Continuad, escribe Cromwell al ministro de la iglesia anglicana, id á leer las Escrituras al pueblo, predicad en vuestra catedral, allí donde tenéis costumbre de hacerlo, y aun con mas frecuencia.»

Así Cromwell, que se alza para conquistar la libertad de la fé para él y los suyos, la protege en los demas. «Despedid de vuestras tropas á un oficial anabaptista, dice á uno de sus subordinados; habeis sido mal aconsejado en esto. No puedo comprender que un incrédulo deplorable, conocido por su irreligion, sus juramentos, sus bacanales, os parezca mas digno de confianza que el que teme las orgias, los juramentos y el pecado. Sed tolerante para con aquellos que tienen una religion distinta de la vuestra. ¡El estado, al elegir servidores, no se preocupa de sus opiniones, sino de sus servicios y de su fidelidad!»

Se ve en los primeros actos de Cromwell, actos precursores para él de la guerra civil y del imperio, despuntar ese espíritu de gobierno que atrae partidarios á su causa en lugar de ofrecer víctimas á sus partidarios. Esta asociacion de los siete condados, somelida tan voluntariamente á la influencia de un patriota activo y de un ferviente religionario, fué el núcleo de la futura popularidad de Cromwell, siendo bien pronto para el largo parlamento la palanca de la guerra civil.

IV.

Hemos visto que ésta se hacia de día en día mas inevitable. La Escocia, mas fanatizada aun que la Inglaterra por sus gefes puritanos, hombres de ardiente fé y de un genio sanguinario, dió la señal de ella. Aquel reino, aunque independiente por sus leyes y su parlamento distinto, formaba parte de la corona del rey Carlos. El espíritu de rebelion, oculto aun como en Inglaterra bajo el disfraz de independencia y de oposicion, hizo avanzar un ejército escocés sobre el territorio inglés bajo pretexto de defender, de concierto con los puritanos y con el parlamento de Londres, los derechos de ambos pueblos, amenazados por la misma corte.

Fuertes con este apoyo los oradores de la oposicion en el parlamento de Londres y los mas celosos puritanos, no conocieron límites á su audacia ni á sus invasiones sobre el poder real. Los tribunales menos fanáticos, tales como Pym, Hampden, Yaue, tomaron la misma máscara, siendo á los ojos de los republicanos, los Catones, los Brutos y los Casios de la Inglaterra, y á los ojos de los puritanos sus mártires. La recelosa susceptibilidad del partido puritano, se indignó al ver algunos sacerdotes católicos traídos de Francia por la reina En-

riqueta para dirigir su conciencia, habitando en la corte y ejerciendo en Londres su culto. Afectaron ver una conspiracion terrible contra el protestantismo en esa inofensiva fidelidad de una jóven y encantadora reina á las convicciones de su conciencia y á los ritos de su juventud. Acusaron al rey de flaqueza ó de complicidad con la esposa á quien adoraba. El rey, deseoso de paz, cedia á todas estas exigencias. Intimóse que sancionara un bill autorizando al parlamento á reunirse de hecho si el rey dejaba pasar un intervalo de tres años sin convocarlo. Hasta entonces la convocacion anual ó riental de los parlamentos habia sido mas bien un uso que un derecho de la libertad inglesa. Carlos, consintiendo en esta intimacion, reconocia la soberanía representativa frente á la suya.

El parlamento, cuya ambicion se alimentaba con todas las concesiones del rey, estableció tambien, con su consentimiento, la permanencia de su intervencion y de su poder por medio de un comité subsistente en Londres, durante el intervalo de las legislaturas. Estableció otro, encargado de acompañar la persona del rey en el viage de pacificacion que este principe hizo á Escocia. Finalmente, llevó la audacia y la usurpacion hasta pedir el nombramiento de un protector del reino, especie de tribuno nacional ó virey del parlamento, elevándose frente al mismo rey. Este título, lanzado ya en esta época por el delirio del espíritu parlamentario, se convirtió naturalmente en el título de Cromwell, cuando la guerra civil lo hizo árbitro de su pais. No lo inventó él, como se ha creído, para su uso, lo halló creado para el uso de las facciones que destronaron al rey.

V.

Durante el viage del rey en Escocia, la Irlanda, abandonada á sí misma por la retirada de las tropas que mantenian allí la paz en nombre de este principe, se agitó, rebelándose contra la autoridad real. Su parlamento, distinto tambien, respondió con sus turbulencias y usurpaciones á los ejemplos del parlamento de Inglaterra. La nacion irlandesa, dividida en dos razas y en dos religiones, encarnizadas siempre la una contra la otra, se confederó en un principio unánimemente para emanciparse del yugo de la corona. Bien pronto, los católicos y los viejos irlandeses de las provincias mas lejanas al centro rompieron la liga. Se aprovecharon de las turbulencias de la capital y de la debilidad de la autoridad del rey que los contenia, degollaron en aquellas nuevas VISPERAS SICILIANAS, mas sangrientas que las de Sicilia, á todos los colonos ingleses. este-

blecidos hacia siglos en sus mismos pueblos y con los cuales la cohabitacion, los lazos de parentesco, los casamientos, los habian confundido en un mismo pueblo, y casi en una misma sangre. Las matanzas de la Saint-Barthelemy, las jornadas de setiembre, las proscripciones de Roma en tiempo de Mario, ó de la Francia durante el terror, no igualan las barbaries con que los irlandeses de estas provincias mancharon el carácter de su raza é infamaron los anales de su patria. Los gefes de esta conspiracion de la provincia de Ulster, se espantaron ellos mismos de las ferocidades del pueblo vengativo, fanático, inexorable, que ellos habian desencadenado. Las fiestas con que este pueblo vencedor, por medio del asesinato, celebró su victoria, fueron los suplicios mas lentos y crueles que jamás inventara la imaginacion de los canibales. Prolongó los martirios y las agonias de los dos sexos, para prolongar sus infernales goces. Hizo correr la sangre gota á gota, y la vida soplo á soplo, para entretejer su propio furor.

Estas matanzas se extendieron de pueblo en pueblo á todas las otras provincias de Irlanda, excepto Dublin, su capital, donde un débil núcleo de tropas reales conservaba la paz. Mas de cien mil víctimas inocentes, hombres, mugeres, niños y ancianos valedunarios, cubrieron con sus cadáveres la tierra que habitaban, los campos que cultivaban en comun con sus hermanos desnaturalizados. El incendio de sus pueblos solo se apagó con su sangre. Todos los que escaparon, merced á la fuga, de sus asesinos, llevando en los brazos sus hijos hasta la cima de las montañas, sucumbieron de hambre y de frío con las nieves del invierno. La Irlanda pareció abrir su seno para ser el sepulcro de la mitad de los hijos que habia criado. No se pueden leer en los historiadores mas imparciales las relaciones de este inmenso crimen nacional, sin execracion hácia sus instigadores y hácia sus verdugos. Se comprende las largas maldiciones del cielo sobre la Irlanda. No se justifica jamás la tiranía; pero una nacion que tiene tales degollaciones que espian en su historia, no puede acusar las crueldades de sus opresores sin despertar el recuerdo de sus propios crímenes. La desgracia de los pueblos no es siempre el crimen de sus conquistadores, es algunas veces la venganza de sus propios crímenes. Esta desgracia es la mas irremediable, porque no arranca solo la independencia, sino que nos priva hasta de la comuasion.

VI.

El parlamento acusó al rey de estas calamidades: el rey acusó con mas justicia al par-

lamento de su impotencia. El partido republicano cobró nuevas fuerzas en el país con este conflicto encarnizado y estéril entre la corona y los parlamentarios, que dejaban perecer el reino y asesinar sus correligionarios por los católicos. Los exaltados hicieron fácilmente votar al parlamento, bajo el nombre de representaciones, un llamamiento al pueblo de la Gran Bretaña; verdadera y sangrienta acusación contra el gobierno del rey. Se reasumían en un solo grupo de acriminaciones todas las faltas y todas las desgracias del reinado. Se arrojaban sobre el rey solo las faltas y los crímenes de todos los partidos. Se derramaba sobre su cabeza hasta la sangre de los ingleses asesinados por los católicos en Irlanda. Se deducía, ó se hacía deducir tácitamente de todo esto, que la sola salvación de la Inglaterra consistía ya en la restricción del poder real y en el acrecentamiento ilimitado del poder parlamentario.

El rey, conducido á los postreros límites de sus concesiones, respondió á esta acusación con una justificación elocuentísima, pero impotente. La insolencia de algunos miembros de la cámara estalló contra él en atentados tan evidentes en contra de su prerogativa y de su dignidad, que no le quedó sino la elección entre una vergonzosa degradación de su título de rey, ó una reivindicación enérgica de su derecho. Se dirigió en persona á la cámara de los comunes para hacer prender allí á los miembros culpables de lesa magestad, é intimó al presidente que se los designara.

«Señor, le respondió el presidente de rodillas, en el sitio que ocupó, tengo ojos para ver, una lengua para hablar bajo la sola inspiración de la cámara cuyo servidor soy. Pido humildemente perdón á V. M. por desobedecerle.»

Carlos, humillado, se retiró con su guardia y se dirigió á la municipalidad de Londres para exhortar al consejo de la ciudad que no diese asilo á los culpables. El pueblo de la *Cité* no le respondió á su regreso sino con los gritos de *¡viva el parlamento!* Los habitantes de Londres se armaron á los gritos bíblicos de *¡ISRAEL, A VUESTRAS TIENDAS!* y pasaron orgullosos en revista por tierra y agua bajo los balcones de *White Hall*, palacio del rey. Este, impotente, amenazado é insultado por estas sediciones, se retiró al sitio real de Hampton-Court, residencia solitaria, imponente y fortificada, á algunas horas de Londres.

VII.

La reina, temerosa por su marido y por sus hijos, rogó al rey que apaciguase la conmoción del pueblo á fuerza de condescendencia. Todo fué inútil: las peticiones mas incedentes ase-

diaban al parlamento, convertido en ídolo del pueblo, y su asilo despues de la retirada del rey. El parlamento, bajo pretexto de proteger al pueblo contra una invasión del ejército real, se apoderó del poder militar, y nombró por sí mismo los gobernadores de las plazas fuertes y los generales de las tropas. Carlos, reducido á un pequeño número de partidarios y defensores en Hampton-Court, se decidió á la guerra; pero antes de declararla, condujo la reina á orillas del mar, y la obligó á embarcarse para el continente, á fin de sustraer al menos á la malignidad de su fortuna lo que tenía de mas querido sobre la tierra.

La separación fué desgarradora, como el presentimiento de un eterno adiós. El infeliz príncipe adoraba aquella compañera de su juventud, y la colocaba por cima de todas las mugeres. No le había hecho participe sino de sus humillaciones y reveses, y quería protegerla á lo menos contra el suplicio que divisaba á lo lejos en el fondo de su destino.

Enriqueta, conducida desmayada al navío, no recobró sus sentidos sino para dirigir desde lo alto de las vergas que la alejaban sus acusaciones á la Inglaterra, y sus votos al cielo en favor del mas fiero de los maridos.

VIII.

El rey, desgarrado en su amor, pero fortificado en valor con esta partida, se alejó de Hampton-Court, y se estableció en la fiel ciudad de York, en medio de un pueblo y de un ejército realistas. Condujo consigo á sus hijos.

El parlamento, presentando al pueblo este alejamiento como una declaración de públicos peligros, levantó un ejército contra el del rey, y confirmó su mando al conde de Essex. La nación se alzó á la voz de sus diputados, y cada pueblo envió numerosos voluntarios al ejército popular.

Carlos, mas grande en la adversidad que sobre el trono, recobró en una situación decisiva la resolución y la luz que le habían á veces faltado en las ambigüedades de su lucha con un parlamento que no sabía ni combatir ni soportar. La nobleza y la clase media, menos fanatizadas que las clases populares por las predicaciones puritanas, y menos accesibles á las seducciones de los tribunos del parlamento, se pusieron en su mayoría del lado del rey. Llamáronse *caballeros*. Las grandes ciudades y la capital, focos de agitación y de fuerza popular, se adhirió al parlamento. El conde de Essex, general acreditado, pero temporizador y apto mas para la guerra regular que para las guerras civiles, se adelantó á la cabeza de quince mil hombres contra el rey, que solo contaba diez mil en su campamento.

IX.

Un primer encuentro dudoso en sus resultados entre ambos ejércitos mostró el valor personal del rey. Combatió como soldado mas bien que cualquier monarca á la cabeza de los escuadrones mas comprometidos. Cinco mil muertos de ambos lados cubrieron el campo de batalla. Londres tembló, pero se tranquilizó al saber que el rey, muy debilitado por la lucha, no avanzaba sobre su capital.

Esta primera batalla, que se llama la batalla de Edge-Hill, aunque gloriosa para los ejércitos de este príncipe, nada resolvió. El fanatismo casi universal de la nación, reclutaba indefinidamente el ejército del parlamento. La nobleza y las tropas de línea eran los únicos auxilios del ejército de Carlos. La causa real no tenía mas que un ejército, la de la rebelión tenía un pueblo. La guerra, prolongándose, tenía que destruirlo. «A nuestros enemigos el antiguo honor, esclamaba en los comunes el republicano Hampden, á nosotros la religion.»

El embajador de Francia, cerca de Carlos I pensaba así, no obstante la parcialidad de su corte en favor de la causa del rey: «Estoy confundido, escribía al cardenal Mazarino, al ver este rey tan pródigo de su vida, tan infatigable, laborioso y constante en sus reveses: desde la mañana hasta la noche marcha con su infantería mas á caballo que en coche. Los soldados parece comprenden todas las necesidades y escaseces de su rey: se contentan con lo poco que puede hacer por ellos, y marchan alegres y sin paga contra tropas mejor equipadas y mejor armadas. Veo esto muy de cerca. Este príncipe en quien las desgracias han revelado un héroe por el valor, se muestra el monarca mas valiente, mas guerrero y menos conmovido ante estas grandes vicisitudes de la política y de la guerra. El mismo da todas las órdenes, hasta las mas minuciosas; no firma un papel sin el mas escrupuloso exámen, se apea del caballo á cada instante y marcha á la cabeza de su ejército. Desea la paz, pero como ve que todo el mundo la rechaza, se ve obligado á querer la guerra... Creo que obtendrá ventajas al principio, pero sus socorros son muy limitados para que esto dure largo tiempo....»

No tenía pan que dar á sus soldados, quienes solo le pedían los alimentos. El diario de estos cuatro años de guerra desigual y errante á través de su reino, se asemeja mas á la vida romanésca de un aventurero que á la lucha magistral de un rey contra las facciones en medio de sus tropas y de su pueblo. «Unas veces, dice el fiel servidor que lleva el registro de estas jornadas, nos acostábamos en el palacio de un obispo, otras en la cueva de un pescador. Hoy el rey come en medio del campo.... al día siguiente no tiene un pedazo de pan que llevar-

se á la boca: el domingo en Worcester no hubo comida, día atroz; habíamos marchado largo tiempo á pie en las montañas, y el rey solo había podido comer dos patatas.... Hemos dormido sin ropa encima de la tierra ante el castillo de Donnington.» En otro parage: «El rey ha dormido en su carro, sin haber comido. Al día siguiente ha almorzado en casa de una pobre viuda sobre la orilla de un bosque.»

X.

Esta constancia del rey en combatir la fortuna y en sufrir las mismas privaciones y los mismos peligros que el último de sus soldados, los encadenaba admirados á su destino. No se abandona sino á los reyes que ellos propios se abandonan. Era un Enrique IV disputando su reino; pero un Enrique IV desgraciado. El espectáculo de esta constancia y de esta resignación, atraía á su causa en los campos que cruzaba, hasta sus propios enemigos. Uno de ellos, llamado Ros Well, desertó del ejército del parlamento para pasarse á la pequeña hueste del rey. Hecho prisionero por los republicanos, se le interrogó acerca de los motivos de su defección.—«Pasaba, respondió Ros Well, por un camino que costaba el campo en que el rey Carlos, rodeado tan solo de algunos fieles súbditos, estaba sentado para partir con ellos un pedazo de pan. Me aproximé por curiosidad, y de tal suerte me sentí conmovido por la gravedad, la dulzura, la paciencia y la magestad de este príncipe, que aquella impresión se fijó en mi alma y me predispuso á consagrarme á su causa.»

Carlos ocultaba su sensibilidad á sus soldados y á sus servidores, por miedo de mostrar en el rey los mas legítimos sentimientos del hombre. Un día que había visto á lord Litchfield, uno de sus mas intrépidos y de sus mas adictos compañeros de armas, caer á sus pies herido de una bala mortal, el rey continuó dando sus órdenes y combatiendo con una aparente impasibilidad que engañó á todo el mundo. Despues de haber asegurado la retirada y salvado el ejército, dirigió él mismo la retaguardia, hizo acampar las tropas y se encerró en su tienda para disponer las maniobras del siguiente día. Pasó la noche escribiendo solo; pero al entrar sus servidores al amanecer en su tienda, reconocieron en sus ojos húmedos todavía, que había llorado á Litchfield durante la noche.

XI.

Mientras que Cromwell, su antagonista que peleaba entonces en el ejército de Essex con-

tra el rey, hablaba y obraba siempre con tal exaltación mística, que se tomaba aquel entusiasmo de la fe por los delirios de la borrachera, dicen los escritores de la época, Carlos, cual conviene a los hombres en lucha con la desgracia, recobraba su magestad en su serenidad imperturbable. «Nunca, escribe uno de los generales de su ejército, le he visto exaltado por la victoria ó abatido por la derrota. Su igualdad de alma parecía desafiar la fortuna y ser superior á toda clase de acontecimientos.»

Sucediale frecuentemente cabalgar toda la noche y ver amanecer la aurora. Galopaba entonces para alcanzar la cima de alguna colina, desde donde examinaba la marcha y la situación del ejército del parlamento.

«Señores, dijo un día al pequeño número de caballeros que le seguían, ha llegado la madrugada, dispersaos, tenéis un techo y una familia, y es tiempo de que vayáis á descansar. Yo, que no tengo ya ni techo ni familia, me espera un caballo de refresco, y él y yo marcharemos todo el día y toda la noche. ¡Si Dios me ha concedido bastantes males para ejercitar mi paciencia, me ha dado bastante paciencia para soportar sus miserias!»

«Así, dice una poesía de la época, combatía por combatir y para mantener su derecho, remando sin tener puerto.» Así la guerra engrandecía este príncipe, no para el trono, sino para la posteridad.

XII.

Los límites de esta publicación no nos permiten seguir en sus peripecias esta guerra de cuatro años entre un rey y su pueblo, la mas larga, la mas variada y la mas dramática de las guerras civiles. Cromwell, que mandaba al principio un regimiento de voluntarios de caballería, formado con sus confederados de Huntington en el ejército de Essex, se eleva en sus campamentos á la altura del entusiasmo religioso que le devoraba, y que comunicaba á sus soldados. Menos militar que apóstol, aspiraba lo mismo al martirio en los campos de batalla que á la victoria. Ni los triunfos, ni los reveses, ni los grados, ni la fama, apartaron su alma de su objeto durante esta guerra sagrada. El conde de Essex, lord Fairfax, Waller, Hampden, Falkland, combatían en ella, sucumbían ó morían, los unos por su príncipe, los otros por su patria ó por su fe. Solo Cromwell, entre todos no esperimentó jamás derrota alguna. Ascendido por el parlamento al grado de general, fortalecía su cuerpo de ejército purificándolo. Poco le importaba el número, no queriendo mas que el fanatismo en sus filas. Divinizando así la causa, el fin, los medios de

la guerra, elevaba á los soldados por cima de la humanidad y podía pedirles lo imposible. Los historiadores de los dos partidos están unánimes en reconocer en este fanatismo religioso, inspirado por Cromwell á sus tropas, la trasformación de un ejército de facciosos en un ejército de santos: victorias señalaron todos sus encuentros con el ejército del rey. Su correspondencia en las diferentes fechas de su vida militar, atestiguan lo que quiera, que esta piedad de Cromwell no era una farsa, sino un entusiasmo. Ella revela al hombre en el jefe de partido, con tanta mas evidencia, cuanto casi todas estas cartas están dirigidas á su esposa, á sus hermanas, á sus hijos, á sus mas íntimos amigos. Recorrámoslas: cada una de estas cartas es una pincelada que acaba la fisonomía verdadera del héroe de aquel tiempo.

XIII.

«Ante todo, he aquí la pintura de su cuerpo de ejército: los soldados puritanos de Cromwell van armados de todas armas, vestidos de todos colores, y á veces de andrajos. Las picas, las alabardas, las largas espadas rectas al lado de los mosquetes. Ya hacen alto para predicar entre sí, ya cantan los salmos, haciendo el ejercicio. Oyese á los capitanes eselamar: ¡apunten; fuego en nombre del Señor! Después de la lista, los oficiales leen el Evangelio ó la Biblia, sus banderas están cubiertas de figuras simbólicas y de versículos del uno y otro Testamento. Arreglan el paso en las marchas salmodiando los salmos de David, mientras que los realistas marchan contra ellos á los cantos cínicos del libertinage y del vino.»

«La licencia de la nobleza, de los caballeros y de las tropas de línea del rey, no podían luchar, á pesar de su valor, con estos mártires de su fe. Los campeones que se creían soldados de Dios, debían vencer tarde ó temprano con toda la superioridad de una causa divina sobre una causa humana. Cromwell es el primero en conocerlo, y lo predice á su mujer desde las primeras batallas. Nuestros soldados, le escribe al día siguiente de un encuentro, estaban en un estado de cansancio y de fatiga, como jamás se vió; ¡Dios se ha servido, sin embargo, inclinar la balanza en favor de este puñado de hombres! A pesar del número, luchamos ginete contra ginete, y trabajamos con la espada y la pistola un buen espacio de tiempo. Los rompimos y perseguimos. Yo derribé á su comandante, el joven lord Cavendish de veinte y tres años, la flor de la corte y del ejército, en un pantano donde su caballo se sumergió, y donde mi teniente le mató de una estocada. El honor de esta jornada es debido

á Dios mas que á ninguna otra cosa ¡Que os inspire lo que es necesario hacer!»

XIV.

Arroja su módica fortuna sin vacilar, como su sangre á la causa que creía santa. «Os declaro, escribe al segundo año á su primo Saint-John, que la guerra de Irlanda y de Inglaterra, me ha costado ya treinta mil francos, y por esto mi bolsa privada no puede ayudar ya al tesoro público. ¡He dado mi fortuna y mi fe, espero en Dios, y quiero darle mi vida! Mis compañeros, mis soldados, mi familia, piensan lo mismo; mis tropas aumentan; todos hombres que estimaríais si los conociérais, todos honrados y ejemplares creyentes!» Llamóse á sus soldados *corazon de acero*, aludiendo á su imperturbable confianza en Dios.

«Mis soldados no hacen de mí un idolo, dice en otra carta al presidente del parlamento; puedo decir con verdad que no es sobre mí, sino sobre vosotros, sobre quienes tienen puestos sus ojos, prontos á combatir y á morir por vuestra causa. Su fidelidad es á su fe, no á su jefe. Nosotros no buscamos sino la gloria del Todopoderoso, el Señor es nuestra fuerza; rogad por nosotros y reclamad las oraciones de mis amigos.» «Dicese que somos facciosos, escribe algunos días despues á un amigo, y que intentamos imponer por la fuerza nuestras opiniones religiosas, cosa que detestamos y aborrecemos. ¡Declaro que no podría reconciliarme con esta guerra si no creyese en su legitimidad para mantenernos en nuestros derechos, y en esta justa causa, espero probar que soy un hombre honrado, de corazon sincero y recto! Solo escribo pocas veces, pero esta carta me ofrece al menos la ocasion, en medio de las calumnias que nos desnaturalizan, de espaciar mi corazon en el de un amigo.»

En otra parte cuenta á su colega Fairfax un encuentro de sus tropas con una reunion de *clubmen*, partido neutral, pero armado, que se habia formado por patriotismo para colocarse entre los realistas y el parlamento, á fin de salvar el pais de las calamidades que lo ensangrentaban.

«Despues de haberles asegurado, escribe Cromwell, que solo queríais pacificar el pais, y que nuestra firme intencion era impedir toda violencia y todo pillage, he enviado sus diputados encargados de transmitirles sus palabras. Han hecho fuego sobre mis tropas, y entonces los he cargado haciendo prisioneros algunos centenares, y aun cuando hayan sido crueles para las personas de nuestra causa que ellos habian acogido, los he enviado libres como idiotas.»

XV.

No habia ya transaccion posible entre los dos partidos estremos que desgarraban la Inglaterra. Los realistas no podían pactar ya con un parlamento que habia combatido á su rey: los parlamentarios se habian convertido en republicanos por lógica despues de haber sido facciosos por ira. Los testos de la Biblia contra los reyes, comentados por los puritanos en las ciudades y en los campos, republicanizaban al pueblo y al ejército. La doctrina republicana formaba ya parte de la doctrina religiosa.

Cromwell, indiferente por naturaleza á estas controversias puramente políticas, no podía asegurar el triunfo de su fe mas que entregándola al gobierno popular. La iglesia anglicana y la monarquía se confundían juntas en el rey Carlos ó en cualquiera otro rey de su raza. El puritanismo no veía garantías sino en la república. El buen sentido de Cromwell le decidió á destronar los Estuardos para entronizar el *reino de Dios*. Su convicción empezaba á hacerlo inexorable á todo espíritu de pacificación. Marchaba de victoria en victoria, y aunque no tuviese aun el título de general en jefe del parlamento, tenia la autoridad en la opinion. El parlamento no era vencedor sino allí donde Cromwell combatía; él atribuía á Dios toda la gloria y todo el júbilo de sus triunfos. «Señor, escribe despues de la toma de Worcester y de Bristol, esto es una nueva gracia divina. Ya veis que Dios no se cansa de protegernos. ¡Os lo repito, que Dios sea alabado, porque todo esto es obra suya!»

Cada una de estas relaciones ó comentarios militares atestiguan en él la misma confianza en la intervencion divina. «Cualquiera que recorra la relacion de la batalla de Worcester, dice al terminar su parte, verá que no hay en todo esto otra cosa que la mano de Dios. Sería preciso ser ateo para no sentirlo así. Acordaos de nuestros soldados orando. Su recompensa y alegría, consiste en haber sido los instrumentos de la gloria de Dios y de la salvacion de su pais. Se ha dignado servirse de ellos: los hombres empleados en estas grandes cosas, saben que la fe y las oraciones solo les han dado estas victorias y estas ciudades. Presbiterianos, puritanos, independientes, todos tienen la misma fe, piden las mismas cosas y las alcanzan del Altísimo: en esto se hallan de acuerdo; ¡qué lástima que no sea lo mismo en política! En las cosas espirituales no empleamos para con nuestros hermanos otro impulso que el de la razon. En las otras cosas Dios ha puesto la espada en manos del parlamento para terror de los que obran mal. Si algunos intentasen arrancar esta arma de manos del pueblo, yo espero que serán confundidos. Dios la conserve en vuestras manos.»